



POETAS CATALANES CONTEMPORÁNEOS



MOSÉN JACINTO VERDAGUER¹

He aquí el nombre del más célebre poeta del Renacimiento literario en Cataluña. Lo que muchos estimaron insurrección efímera, capricho de unos pocos trovadores, mal avenidos con la hegemonía de la lengua castellana, protesta infructuosa contra la nivelación política y social que se consumó al advenimiento de la dinastía borbónica, y juego infantil de rimas llamado á desaparecer con sus promovedores, adquiría de súbito la importancia de una realidad histórica indiscutible con pleno derecho á la vida y con indicios de poseerla muy rica

(1) Nació en Folgueroles, aldea humilde de las cercanías de Vich, el 17 de Mayo de 1843. Falta de recursos su modestísima familia para costearle una carrera, Verdaguer siguió la eclesiástica, del mismo modo que muchos otros estudiantes del Seminario de Vich, dividiendo los días y la atención entre la asistencia á las clases y la enseñanza de las primeras letras en la *masía* ó granja donde ganaba el sustento y pasaba la noche. Aficionado á la lectura, solía dedicarle largas horas en la biblioteca episcopal, aunque ni sus compañeros ni sus profesores sospechaban en el oscuro y retraído montañés al autor de *La Atlántida* y los *Idilios*. La primera manifestación de sus facultades poéticas fué el romance *Els minyons d'en Venciana*, laureado en los *Juegos florales* de Barcelona, en el año 1865. Poco más tarde fundaron en Vich algunos jóvenes animosos la asociación literaria que se llamó *Esbart vígatá*, cuyas sesiones se celebraban al aire libre junto á una fuente contigua al sauce que le dió nombre (*Font del desmay*). Verdaguer las inauguró con un

y exuberante; desarrugaba el ceño de los Aristarcos más descontentadizos, y á las mofas de mal gusto contra el empleo de la *parla lemosinana* (como indoctamente se dijo algún tiempo), contestaba con la aparición de una obra cuyo renombre dió la vuelta al mundo civilizado.

Aparte el grandísimo valer absoluto de *La Atlántida*, aunque arrancando de él, hay que concederle el de haber asegurado la existencia independiente de la literatura catalana, haciéndola conocer y respetar allí donde se la negaba. Los incrédulos que pasaron de largo ante las capillitas góticas y los castillos feudales de los trovadores resucitados, que se llamaban (y con justicia no pocos) maestros en *gay saber*, quedaron atónitos ante la pirámide alzada en los campos de la Renaixensa, por el oscuro sacerdote á quien saludaba Federico Mistral como heredero de Milton y Lamartine.

A la primera impresión de asombro producida por *La Atlántida*, sucedió el exámen censorio, el rebusco de imperfecciones, más visibles de ordinario en los grandes monumentos que en los productos menores del arte vulgar é imitativo. Y todavía le cupo mejor suerte á Verdaguer que á los autores de *La Jerusalén libertada* y *El Paraíso perdido*; pues nadie le negó la fuerza de imaginación y la hermosuraplástica de las descripciones, cualidades predominantes de su poema, que, á pesar de todas las críticas, circuló pronto traducido en varios idiomas.¹

discurso grandilocuente, que le aseguró la no buscada jefatura entre sus compañeros. El 2 de Octubre de 1870 celebraba su primera Misa, para desempeñar inmediatamente los cargos de coadjutor y ecónomo del pueblo de Vinolas. Agobiado por una cefalalgia tenaz, hubo de hacer algunas excursiones marítimas, de las que trajo como fruto *La Atlántida*, cuyo esbozo había trazado en su aldea natal, hurtando algunas horas á las rudas faenas de la labranza. El primer domingo de Mago de 1877 fué el día en que quedó consagrada la fama pública de Verdaguer con la radiante aparición de su gran obra, premiada por el Consistorio de los Juegos florales. Los triunfos obtenidos entonces y después por el ilustre poeta, no han alterado en nada su carácter, reñido con la ostentación y hermoñado por la humildad cristiana y sacerdotal. De ella dió memorable ejemplo al renunciar un canonicato que le fué ofrecido espontáneamente y con insistencia. Hoy es capellan limosnero del Marqués de Comillas, a cuyo difunto padre, el celebre naviero Antonio López, debió Verdaguer la protección mas cariñosa y decidida.

(1) La versión más conocida entre las castellanas es la esmeradísima, aunque algo arcaica y en prosa, de D. Melchor de Palau, acompañada del texto catalán (Barcelona, 1879. Sobre ella trabajó la suya en verso D. Francisco Díaz y Carmona (Madrid.1884), que apareció al mismo tiempo que las fran-

Asegúrase que los diez cantos de que consta se reducían á uno sólo en la concepción primitiva del poeta; lo cual explica hasta cierto punto el desleimiento de una sola idea en multitud de estrofas, por otra parte sublimes, y la falta de cohesión en el conjunto que lo parece de bloques superpuestos, cual ostensivo alarde de titán, no de piedras artísticamente agrupadas. Sin duda hay en *La Atlántida* un contraste muy raro de inspiración soberana é inexperiencias de principiante, de maestría en la ejecución y desorden en el plan, de insólitos arranques épicos y falta de unidad en la contextura íntima de la obra.

Veamos de reducirla á una síntesis muy somera, para ayudar algo á la memoria de los lectores, y comenzando por transcribir íntegro el epígrafe de la introducción: «Encuéntrense en alta mar una nave genovesa y otra veneciana, y libran batalla. Sobreviene recio temporal, y un rayo vuela el polvorín de la una que, rajándose, arrastra consigo á la otra á los abismos. Soldados y marineros sumérgense en las aguas; tan solo á duras penas se salva un joven genovés, el cual, abrazado á un trozo de mástil, consigue arribar á tierra. Un sabio anciano que retirado del mundo vivía á orillas de la mar, sale en recibimiento del náufrago, le guía á un rústico altar de la Virgen, y seguidamente á su choza de rocas y ramas, en donde le conforta. Dias después, viendo que el marinero, meditabundo, las contempla, cuéntale la historia antigua de aquellas aguas, para distraer su atención del pasado naufragio.» Viene después una soberbia descripción del incendio de los Pirineos, innecesaria en rigor, y que solo sirve para presentarnos á Hércules salvando á Pirene de las llamas. Dirígese á Gades, y sabe por boca de su enemigo Gerión que el solio de la Atlántida espera un Rey que lo ocupe, por haber enviudado Hesperis, la cual entregará su mano de esposa á quien le presente en ofrenda el retoño del naranjo custodiado por la hidra legendaria. Muere ésta aplastada por el gigante, y lo que parecía inauguración de venturoso himeneo es para las Hespérides fatídico augurio, seguido de otros que mutuamente se comunican los atlantes sus hermanos, venidos de diferentes y remotos climas á congregarse en el templo de Neptuno. Hércules,

cesas de Alberto Savine (en prosa), y Justino Pépratx (en verso). Son posteriores las publicadas en prosa italiana y provenzal, por Luis Sugner Roma, 1885) y Juan Monné (Montpellier, 1888), respectivamente.

después de luchar con ellos, se vuelve á Gades, y rompe con su clava el Calpe, cordillera colosal que servía de cadena entre Africa y Europa, y precipitándose por el Estrecho ingente diluvio, comienza á sumergirse la nación prevaricadora. Pretenden los Atlantes impedir que se cumpla el decreto del Altísimo, y hacinan rocas sobre rocas para defenderse de las aguas; advirtiéndole que su madre Hesperis huye con el héroe, arrojan contra este los peñascos con que iban construyendo la torre de defensa, por no dar alcance á su enemigo. Al volcarse por el Estrecho las aguas del Mediterráneo, cual si fuesen las de un ánfora rota, surgen del fondo islas y continentes, antes ocultos, que ocupan á trechos el espacio del mar mientras se hunde la Atlántida en los abismos, á pesar de la sacrílega audacia de los titanes que pretenden escalar el cielo, y son derribados juntamente con su torre por el soplo de la ira divina. El Ángel de la Atlántida, al restituirse á su asiento entrega al Ángel de España la corona de la desaparecida reina de Occidente, y en España, en la nueva Hesperis, es donde renace el huerto de las naranjas de oro, y donde Hércules concluye su vida y sus hazañas, dejando en pos de sí hijos que heredan su valor.

La relación del anciano puebla de luminosas intuiciones la mente del genovés, que adivina más allá del Atlántico á la Virgen de sus amores y esperanzas, á la tierra que va á alumbrar el Sol cuando en el Poniente se despide de nosotros. Y Colón busca el patrocinio de los poderosos, encontrándolo solamente en Isabel de Castilla, que al oír la proposición del desconocido recuerda haber visto en sueños algo misterioso que la inclina á aceptarla: un ave que, cogiéndole su aureo anillo de esposa, lo dejó caer entre las olas, donde brotaban á su contacto islas en flor. Con las joyas de la Reina, magnánimemente vendidas, compra Colón las naves para realizar su empresa sublime, y el anacoreta que le ve partir en busca del mundo ignoto, siente *vibrar su corazón como una lira* por el presentimiento de la futura grandeza de su patria.

La disposición de partes adoptada por Verdaguer, suscita espontáneamente numerosas objeciones, y no es la menos importante el haber convertido al anacoreta en narrador, lo cual conduce, d, á eslabonar la catástrofe del hundimiento de la Atlántida con la expedición gloriosísima del inmortal descubridor de América, y á hacernos seguir con interés una serie de fenómenos geológicos que en otro caso nos dejarían impasibles y fríos; pero lleva consigo un cortejo de inverosi-

millitudes muy extrañas, de forma que ni el autor ni el lector se acuerdan del convencionalismo preestablecido, á no ser en dos ó tres ocasiones, principalmente la última, cuando el poema se cierra con broche de diamantes.

Por lo mismo que no cedo á nadie en admiración hácia Verdaguer, tampoco tengo reparo en sumar éste con los demás lunares que en su primera obra ha señalado la crítica; pues todos juntos no bastan á eclipsar la fulgurante belleza de *La Atlántida*, todos son como las manchas del sol en el cénit. Así la mezcla de lo maravilloso cristiano con la mitología, puesto que de aquel elemento usa el poeta hablando por cuenta propia ó de un narrador que en él creía, y las tradiciones de la antigüedad pagana se transcriben con su indecisión y vaguedad características, sin afirmarlas ni negarlas, y conservándoles toda la parte de verdad que puede exigir la ficción poética; así la falta de relieve en los personajes que se agigantan al esfumarse en el fondo sin límites del misterio; así la inexplicable facilidad con que Hércules perdona la vida á Gerión, de cuya sangre estaba sediento, y con que después se entrega Hesperis en matrimonio al héroe fatal, causa de la ruina de su imperio, por el temor injustificado, aunque estéticamente delicadísimo, de que le arrebataran sus propios hijos, la joya de su honor; así la ausencia ó escasez relativa de sentimiento junto al predominio de la naturaleza física retratada en su salvaje y terrorífica grandiosidad.

Este último defecto, si tal puede apellidarse, esta contrapesado no sólo por los infinitos primores gráficos y pintorescos de la obra, sino por tipos y escenas que irradian el más puro idealismo y la más patética y suave ternura. ¿Cómo ponderar los ayes elegíacos de Hesperis, viuda del esposo á quien adoró, arrancada á los brazos de sus hijas cuyos ojos ve apagados por el soplo de la muerte y entregándose al terrible extranjero, azote de sus dominios, y su familia, para huir el nefasto amor de los monstruos que la infeliz madre llevó en su seno? Hesperis tiene que ocultar á sus hijas este secreto de abominación, y les dice al enviarles el adios último:

Qui en terra us ha posades per sempre vos hi deixa;
 Mes ¡ay! á ses entrayes no repteu de cruels,
 Que es molt punyet l'espina que avuy me les esqueixa
 Y son, mirau, mes llàgrimes del cor foses arrels!
 No vullau saber altre, de mon amor poncelles;
 Anau al celá obrirvos abans d'entendre'l món;

Yo que ¡ay! embriaguímhi d'olors y cantarelies,

Hauré d'arrocegarími ab la vergonya al front.¹

Si Verdaguer no hubiera compuesto los *Idilios*, nadie le podría negar el don de remover las fibras más sutiles y hondas de la sensibilidad, por solos los contados fragmentos de *La Atlántida*, en que el os *magna sonaturum* del poeta épico cede paso á la efusión lírica, aunque sea interpretando el alma y las pasiones de sus personajes. Pero la nota dominante en el poema del presbítero catalán es la exterior y objetiva; la facultad que en aquél campea como soberana, es la fantasía evocando la visión de lo pasado en pinturas al fresco de proporciones desmesuradas y que se dejan ver sin extrañeza ni disgusto á través de los siglos que de nosotros las separan. Hay que meditar muy despacio las estrofas de *La Atlántida* para comprender la riqueza, el vigor y la novedad de sus imágenes, que hierven y chocan entre si como las aguas de un torrente, que siguen paso á paso y con empuje arrollador las gradaciones del cataclismo que reflejan, y que, como desfile de panoramas inmensos ó vibraciones de un órgano de potentes é infinitos sonidos, arrebatan en pos de sí la atención, y tal vezla fascinan y confunden.

Verdaguer, como Victor Hugo y muy pocos más entre los autores modernos, tiene el arranque espontáneo y la grandeza monumental de los épicos primitivos, y recuerda á Homero, á los poetas del Indostán, á los videntes de la Biblia, desde David hasta el Aguila de Patmos, y quizá también á Dante y Milton, pero no á los corifeos del individualismo excéptico, en el cual se pretende basar la única epopeya posible de nuestros días. La comunicación inmediata y efusiva con la naturaleza, la costumbre de vivir entre grandes perspectivas, primero en las montañas patrias y después en el seno de los mares, templaron el alma de Verdaguer y le dieron una lira de recio y sonoro metal, y el bravío y osado vuelo con que se sostiene en la región donde flotan las nubes y se enciende el rayo.

Y como si no bastaran las excelencias propiamente artísticas de

(1) La que os puso en el mundo, para siempre en él os deja; mas ¡ay! no tacheis de crueles sus entrañas, quo es muy aguda la espina que hoy las desgarrá, y son mis lágrimas, mirad, licuadas raíces de mi corazón.

No queráis saber más, capullos de mi amor; volad al cielo á abriros antes de comprender el mundo; yo que me embriagué con sus efluvios y armonías, he de arrastrarme por él con la vergüenza en el rostro.

que va hecho resumen, posee además *La Atlántida* títulos incontrovertibles para que se la considere y trate con la veneración debida á un monumento filológico. No se contentó Verdaguer con haber resucitado un continente, y resucitó una lengua.

Me apresuro á explicar esta afirmación, que podría sonar como ofensiva para los brillantes iniciadores del renacimiento catalán. A ellos corresponde la gloria de haber soldado la cadena rota de una tradición literaria que durmió el sueño de la tumba por espacio de siglos; ellos hicieron hablar á la musa romántica un idioma oculto en el olvido, y prepararon la senda que recorrió con tanta fortuna Verdaguer, cuyo copiosísimo diccionario resulta inaccesible para quien no se familiarice antes con los melodiosos y castellanizados versos de Rubió y Ors ó del trovador de Monserrat. La tarea de los precursores fué absolutamente imprescindible para que viniese á coronarla el gran revolucionario, pues no otro nombre merece Verdaguer, sin perjuicio de que sus innovaciones lleven la ejecutoria de clásicas, como bebidas sin mezcla ni adulteración en el caudaloso y purísimo torrente del habla popular, tal como la conservaron las abruptas sierras de Cataluña en los labios de sus moradores, sirviéndole de valladar contra el tumultuoso oleaje del extranjerismo.

Previas tales consideraciones, que se deben aplicar, no sólo á *La Atlántida*, sino á todas las obras de su autor, veamos la nueva y sorprendente fase de la individualidad poética de Verdaguer, que vino á anunciar, como el iris después de la tormenta, un tomito de poesías místicas¹ presentado al público por el venerable Milá y Fontanals, con la entrañable satisfacción del anciano que veía cumplidos sus pronósticos acerca del modesto y asustadizo escolar, cambiado ya en gloria de la patria. ¡Qué contraste tan profundo el de los *Idilios y cantos místicos*, flores arrancadas de los vergeles del cielo, con las huracanadas ráfagas y el tono apocalíptico del gran poema al que servían cronológicamente de continuación! En aquella misma arpa donde habían resonado los estertores de un mundo agonizante, y la pavorosa maldición de Jehová cumplida por el ángel exterminador, brotan de súbito los dulcísimos ecos del *Cantar de los cantares*, arrullos de paloma, pláticas de enamorados, endechas del corazón que gime ausente de su bien,

(1) *Idilis y cants mistichs*, per Mossen Jacinto Verdaguer, ab un prólech de D. M. Milá y Fontanals. Barcelona, 1879.—4.^a edic., Barcelona, 1891.

y epitalamios que celebran el desposorio de un Dios-Hombre con sus criaturas.

En medio del indiferentismo religioso que invade triunfante las instituciones, la ciencia y la literatura contemporáneas, no podían ménos de chocar los férvidos cantos del poeta que aparentabaser un Raimundo Lulio ó un San Juan de la Cruz redivivos, y hasta se deslizaron algunas insinuaciones á fin de que no escribiera más para monjas y párvulos y se aproximara á las corrientes del gusto general. Por fortuna no hizo Verdager caso de sus mentores, antes bien ha desenvuelto en opúsculos de candorosa y patética sencillez temas bosquejados en los *Idlios*, conquistándose de este modo, y sin pretenderlo, el lauro de restaurador originalísimo, casi único en nuestros días, del arte más soberanoy generoso que puede gozar y cultivar el hombre. Aun desde el punto de vista de las circunstancias que hoy rodean al poeta lírico, obligado á repetir conceptos vulgares, á bruñir la forma de sus composiciones como dije de buhonería, á despertar, en fin, por insólitos procedimientos la atención de los lectores, hastiada por la pléthora de rimas, ¿cómo poner en tela de juicio la conveniencia de abrir á la inspiración campos y horizontes tan vastos como los que deja entrever el sentimiento religioso, que es el sentimiento de lo infinito?

¡Y con qué sinceridad, con qué fervor intenso y comunicativo, con qué magia de atracción irresistible llama Verdager á la puerta de todos los corazones, aun los más tibios y refractarios! ¡Qué llama de amor viva la que penetra y enrojece sus frases, como ascuas recogidas en el pecho ardiente del Amado! El Dios de los *Idlios* no cubre su faz con velo de nubes y centellas, no esgrime la espada vengadora de su justicia; parece que se ha olvidado del Sinaí y de la Pentápolis, de su arco terrible y su carro de victoria: es el Dios del Calvario abriendo sus brazos á la humanidad delincuente y su costado á las almas puras, como flor inmortal teñida de sangre, donde liben la regalada miel de sus consuelos y aspiren el aroma confortante de la virtud.

Dos formas, igualmente bellas, son las empleadas por Verdager en el que podríamos llamar poema del amor divino: la forma lírica, sirviendo de expansión á los anhelos y nostalgias del paraíso y al pesar por las amarguras del destierro y la dilación de la partida; y la forma épico-dramática, en la que recoge y funde las tradiciones referentes á la infancia de Jesús y á la vida de los santos mas favorecidos por Él,

los candorosos relatos que á través de los siglos tegió la fé popular, y los que se conservan en el texto de los hagiógrafos, en las crónicas monacales ó en los muros de edificios sagrados que hirió la mano de la impiedad. Y como si la vista del poeta no supiese mirar más que á lo alto, sorprende tambien en los acontecimientos de la existencia el vínculo que los liga con el Ser único en el que ha concentrado sus esperanzas, afectos y energías.

De los cantos subjetivos de Verdaguer transpiran un perfume de melancolía apacible y serena, y una impresión de reposo, procedentes de la situación psicológica equilibrada y sana de quien nunca experimentó las sacudidas del dolor nervioso y las pasiones devastadoras, ni lleva oculto en sus entrañas el gusano del remordimiento engendrado por la memoria de antiguos extravíos; en todo lo cual se diferencia radicalmente el virtuoso Sacerdote del originalísimo autor de Sagesse, Pablo Verlaine, otro místico admirable, pero con accesos é intercalencias de fiebre. Las inquietudes y tristezas del primero son las del alma pura que desprecia las alegrías y los placeres de aquí abajo porque sólo piensa en los del cielo, y da voces al Esposo para que la saque de la terrena cárcel donde no puede verle ni gozarle á su sabor, ó le llama para que le haga compañía, diciéndole en tono de confiada reconvencion:

¿Per qué d'amor m'heu ferida
si no'm voliau gori'?

¿per qué'm donavau la vida
per despullarmen així?

Per Vos mos ulls llagrimen,
per Vos sospira l'cor méu,
sos amors sempre us festejan,
¡trista de mí! y no'ls voleu.

.

Tornáu, Jesuset, tornáu,
que só encara vostra aymía;
si altra aymía Vos trobau,
jo amador no trobaría.¹

(1) ¿Por qué me habéis herido de amor, si no me queríais sanar? ¿por qué me disteis la vida para despojarme así de ella?

Por Vos vierten lágrimas mis ojos, por Vos suspira mi corazón; de continuo os rondan mis amores, y ¡triste de mí! no los queréis.

Tal vez la esposa desolada llega á hallar á su Bien y recibe de sus labios el ósculo nupcial, y le estrecha entre sus brazos, mientras el árbol que los cobija exhala más intensos aromas y las aves enmudecen; tal vez despierta del místico sueño al sentir los latidos del corazón del Esposo, y para que duerma mejor le arrulla con un canto que podrían repetir los Serafines.

Cuando desaparece la personalidad dei autor, como en los melifluos idilios *Jesus alpecadors* y *Lopecador á Jesus*, ó en los consagrados á Santa Catalina, á Santa Teresa de Jesús, á San Francisco de Asís, etc., ó á la Sacra familia de Nazaret, se funden en tan peregrino consorcio la narración y el diálogo, la sublimidad de conceptos y la transparencia de la frase, el arte sobrio y popular y el arte refinado y exquisito, que ni el paladar más grosero ni el más exigente pueden ser insensibles al dejo de tales viandas regaladísimas, de tal néctar sobre-natural y embriagador. Y no se diga que así se empequeñece la religión con rientes y aniñadas miniaturas, con símbolos de devocionario iluminado, con tropos florales, y con todo un ciclo de mitología cristiana. No. La ortodoxia y el arte se dan la mano amigablemente en las deliciosas ficciones de Verdaguer, para deleitar con inefables dulzuras á quien no haya perdido el gusto de la belleza moral, cuya medida es independiente de las proporciones materiales, y como obra dei espíritu nada tiene que ver con los límites del espacio. Las fórmulas doctrinales, secas y abstractas, por ejemplo, las del protestantismo, ahogan el libre juego de la imaginación; pero la rica fecundidad del Credo católico lo mismo se explaya en la severidad didáctica de Santo Tomás, en la tonante oratoria de Bossuet y en las magnificencias de la liturgia, que en esas visiones sencillas, al uso de la multitud, donde van encarnados los misterios y verdades más grandiosos, y donde poetas de la unción y la talla de Verdaguer sorprenden manantiales de aguas vivas, y tesoros de subido valor estético.

Dejando el salterio por la trompa épica volvió el autor de los *Idilios y cantos místicos* á aplicar á ella sus labios, y á arrancarle agrias y solemnes vibraciones, templadas por las de la lira griega y laud trovadoresco, y por las misteriosas armonías de la Religión cristiana, en

Tornad á mí, Jesús mío, tornad, que soy aun vuestra amada; y si otra ma-da Vos encontraseis, yo no encontraría otro Amador.

ese poema fantástico que se llama *Canigó*,¹ hermano menor de *La Atlántida*, también dirigido á cantar la naturaleza física, pero menos divorciado del mundo moral, más rico de situaciones y contrastes y menos falto de acción. En cuanto á la potencia imaginativa, no solo no ha desfallecido, sino que, más fresca y lozana, más segura y atrevida en sus vuelos, y sin aquellas sombras de vaguedad y confusión que la desorientaban, parece competir con la magnitud de los objetos reales, aumentándola y embelleciéndola en limitada progresión. Si en *La Atlántida* las descripciones lo eran todo, y el asunto y los personajes quedaban relegados al último término, en *Canigó* se armonizan los elementos decorativos con la narración, aunque el poeta no oculte sus invencibles aficiones pictóricas.

No en vano visitó previamente los lugares que sirven de escenario á su poema, recorriendo palmo á palmo las fragosas sierras del Pirineo catalán, grabando en su memoria por la visión directa y con indelebles trazos la imagen del coloso, evocando con ayuda de las crónicas y los monumentos las batallas entre los alarbes y los hijos de la cruz, las costumbres primitivas y rudas del feudalismo, y la supremacía del ideal religioso, identificado con el sentimiento de patria, en el embrionario estado social de Cataluña durante los primeros siglos de la Reconquista. Gracias á la gestación lenta que sin duda antecedió á la obra, Verdaguer habla *ex abundantia cordis*, va derecho á su fin, y lleva al lector embebecido ora á la ardiente arena de los combates, ora á los palacios encantados de la fábula, ora á las interioridades del castillo ó de la celda monástica.

De regreso de una cacería, entra Tallaferro con su hijo y el Conde de Cerdaña, su hermano, en la ermita de San Martín, donde el último arma caballero á su sobrino Gentil. Suenan en derredor las voces de la multitud que viene en romería á visitar el Santo, y en medio de la danza que tejen las doncellas se destaca sonriente la más hermosa, querida de Gentil, á quien reprende su padre con severidad por la blandura de su corazón. A la noticia de que los moros están cerca, se deshace el concurso, y mientras Tallaferro va á coparlos sobre Pontvendre, Guifre marcha á su palacio de Cornellá, llevándose á su sobrino Gentil, á quien pone de centinela. Viendo el joven

(1) *Canigó, Llegenda pirenyca del temps de la Reconquista....* Barcelona, 1886.

brillar los ventisqueros del Canigó, y al oír del soldado que le acompaña y sirve que aquellas masas blancas y refulgentes son mantos de armiños tendidos por las hadas, y que uno solo podría servir de talismán para conseguir el objeto más difícil, parte disparado en su corcel y llega á las cumbres, donde queda cautivo del amor de Flordenieve, la reina de las hadas, que finge ser la linda pastora Griselda, de quien Tallaferro había apartado á su hijo.

La descripción del hechizo de Gentil y la grandiosa del Pirineo,¹ llenan los cantos III y IV de *Canigó*, y en el V se refieren con una rudeza de frase y una sobriedad, dignas del *Poema del Cid* y de los romances viejos y anónimos, las hazañas de Tallaferro y de sus *fallayres*, hombres de pedernal acostumbrados á batirse con los osos del Pirineo, y que, si sucumben ante el número y la astucia de los moros, saben incendiar las naves donde los aprisionó el enemigo, y salvarse á nado con la plegaria en la boca y el hierro en la mano. Después de tan memorable lance, exhala un suspiro Tallaferro al pensar en Gentil, y se pregunta con tristeza: *¿Qué hará mi hijo?*

Su hijo, cada vez más prendado de Flordenieve, va á celebrar sus desposorios, para los cuales traen las hadas como regalo preciadísimas joyas, un espejo encantado que enamora á quien se mira en él, topacios de Bugarach, corona, velo y anillo de oro; y mientras el sol aparece como antorcha que iluminará el altar de boda, recita el hada de Mirmanda una canción sobre *El paso de Aníbal*—gruesa plancha de bruñido acero en marco de filigranas—y se suceden los coros y las trovas cuando al apagarse la voz de Gentil y de su arpa, se sienten pasos... Son los de Guifre de Arriá que por la deserción de su sobrino tuvo que llorar la fuga de sus huestes y la pérdida de sus bienes. Ciego de cólera al ver al mancebo engañado por alguna Dálila, le derriba del primer golpe por un despeñadero: el hermoso cuerpo de Gentil se convierte en cadáver. Un escudero lo arrebató de los brazos de Flordenieve y lo conduce á la ermita de San Martín, donde se encuentran con el monje Oliva los dos hermanos Guifre y Tallaferro después de haber obtenido gloriosísima victoria sobre los sarracenos.

Al ver el desdichado padre los mortales restos de Gentil, grita

(1) Forma parte de ésta el fragmento *La Malehida* que puede leerse muy bien traducido en la obra de Ramón D. Perés *A dos vientos*, críticas y semblanzas [páginas 270-277].

furioso: —¿Quién ha matado á mi hijo?—Yo,— le contesta Guifre, sobre quien va á descargar como un relámpago la espada Taliaferro, cuando el monje introduce de súbito en la ermita al criminal; y aunque la puerta cede á las arremetidas de su hermano, mitigase en éste la sed de venganza al oír las palabras de la absolución que pronuncia Oliva, y que le mueven á perdonar por su parte al Conde. Alzar un monasterio junto á la tumba de su víctima y encerrarse en él hasta que Dios le saque del mundo, son los deseos de Guifre, que se apresura á comunicar á su esposa y que en breve realiza.

La locura de Griselda al saber que ya no existe su adorado Gentil, la muerte casi simultánea de Tallaferro y de su hermano, y la ascensión de los monjes á la cumbre del Canigó para clavar en ella el adorable signo de la cruz y expulsar á las hadas de su palacio, forman el desenlace del poema, en cuyas últimas estancias se entreven las glorias venideras de Cataluña, constituida en pueblo organizado y robusto á la sombra del Cristianismo, y que *despierta á horcajadas con un pié acá y otro allá del Pirineo*.

Se ha dicho que el triunfo de la Cruz sobre la superstición gentilica, representado alegóricamente en los coros finales, causa en los lectores de escasa fe un efecto de repulsión contrario al que intenta el mor. ¡Lástima que no ande esta censura destituida de fundamento por lo marcado del contraste en que las halagüeñas pompas sensuales y fantásticas se llevan la simpatía, y el misticismo cristiano va envuelto en no sé qué lóbrega adustez! ¡Lástima también que la heterogeneidad de elementos, y lo brusco de algunas transiciones, y la sobreabundancia de episodios, descontando otros defectos menudos, desluzcan la innegable alteza de concepción y las bellezas de forma con que suspenden los cantos de *Canigó*!

Así y todo, este poema, con los *Idilios* y *La Atlántida*, bastan para que coloquemos á Verdaguer en primera línea entre los poetas catalanes, y al nivel de los primeros de España y aun de Europa. Mucho podira añadirse en pró de esta aserción, sacando á la luz de un examen detenido los primores que encierran otros volúmenes de Verdaguer, (*Cançons de Monserrat*,¹ *Legenda de Monserrat*.² *Càritat*,³ *Lo Som-*

(1) Barcelona, 1880.

(2) Barcelona, 1880.

(3) Barcelona, 1885.

ni de Sant Joan,¹ Patria,² Jesus infant-Nazareth,³ todos dignos de su estirpe, caldeados por el fuego del amor divino, con cuyos destellos se confunden los del amor á la patria y á la humanidad; todos procedentes de unos labios que, como los de Isaías, parece haber purificado un Serafín.

¡Qué numen tan excelso y que alma tan hermosa los de Verdaguier! ¡qué levantados sobre el cieno de las cloacas donde se revuelcan los Angeles caídos del arte contemporáneo! ¡qué limpias y brillantes las alas de su impetuosidad y de su ternura! Ni siquiera han encontrado en él eco la indignación de sacerdote y creyente contra los enemigos de su fe, y el resentimiento del catalán contra la prepotencia de Castilla. Su corazón es un nido de afectos puros, nobles y santos, y se extremece ante la sombra del odio. Sin perjuicio de ser el poeta más pegado al terruño de cuantos usan la lengua en que él escribe, jamás ha rechazado para su pueblo la gloria de pertenecer á España, ni ha hecho del patriotismo un instrumento de división entre hermanos.

En la esfera de la poesía ha recorrido lo más alto y lo más humilde; interpreta con igual perfección los sentimientos colectivos y las ocultas intimidades psicológicas, la epopeya y el idilio, y es, á un tiempo, según la feliz expresión de Yxart, un pintor mural y un miniaturista que ha resucitado dos géneros poéticos, tan difíciles como poco cultivados en el siglo XIX. Así comenzó y continúa distinguiéndose por lo nuevo é insólito de su inspiración, no alterada por las influencias del pensamiento ajeno, ni tampoco ansiosa de hallar la originalidad en la extravagancia; antes bien, sincera y libre de artificios, eco fiel de la naturaleza física y de la historia, ó del verbo interior y sagrado del espíritu, y capaz acaso de sorprendernos para lo futuro con otra orientación no ménos feliz que las que ha seguido hasta aquí.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA,
Agustiniano.

(1) Barcelona, 1887.

(2) Barcelona, 1888.

(3) Barcelona, 1889.